

# Aguas aéreas

## El archivo circular

David Huerta



La matanza de hormigas continúa, incesante, suntuosa, desplegada en las orillas de un mal sueño. Es el sueño de un mastodonte, criatura opuesta, por su morfología y por sus dimensiones, a la hormiga. En este momento de 1914, el mastodonte sueña con pormenores dignos de una doncella neurótica, de todo teórica y practicante de nada.

El horizonte está envuelto en una luz de sangre. Visceras y cabelleras se distribuyen con deforme armonía en el fondo de hoyancos ya soñados y tocados y vistos en Passchendaele. La bruma se mete en los sobacos y dentro de las uñas de los pies —y en medio de ese paisaje complejo y saturado, un murmullo de vals se difunde con un barniz siniestramente modulado, recuerdo contrahecho de la *belle époque*. Las hormigas se doblan por la cintura micrométrica; gritan dentro del sueño del mastodonte. El sueño va empequeñeciéndolo sin pausa, sin premura, con un paso de paronomasia y lentitud.

El mastodonte se encuentra con las hormigas, y estas lo miran azoradas mientras agonizan: ¿quién es él, este arcángel enorme, desvencijado, de piel cadente por todos lados, floja, lírica, y cuatro magníficos cuchillos corvos y albos saliéndole por el hocico? El mastodonte lo ha entendido: las hormigas son un engendro de su sueño. Las hormigas han comprendido también: el arcángel mastodóntico proviene de la realidad, una realidad donde se desarrollan otras matanzas y estas no tienen relación alguna con la extinción metódica de enteras civilizaciones hormiguiles.

\*\*\*

Ni el mastodonte ni las hormigas ni los arcángeles evocados en esa comparación creen

en los símbolos; estos renglones saben en lo más profundo de su gramática este hecho incontrovertible: aquí no hay seres humanos, mujeres sufrientes, niños desgarrados, adolescentes con la cabeza partida, bebés extasiados, carnívoramente, ante el pulgar de un adulto. No: hay hormigas, hay mastodontes, hay un sueño y unos cuantos elementos escenográficos evocadores de la guerra. Nada más.

\*\*\*

La guerra es un género semejante al azar: igual de sanguinario, blanco, supurante. El azar se levanta como un fantasma entre el humo de las trincheras: sabe dónde atacar y dispone sus divisiones hasta reducirlas a una triste versión de suma y resta, sin asomo de multiplicación. Eso le corresponde a los peces y los panes, a los mariscales ansiosos de romper (*breakthrough*) la línea del frente y de movilizar la caballería como antes, en Crimea, en Sedán. Nada de eso ocurre. Los sucesos son cambiantes, multicolores; pero con una tendencia a mezclarse con las tonalidades más robustas del adelgazamiento debido a una dieta pobre en proteínas.

\*\*\*

Un muchacho de Marsella comparte el pan con un soldado colonial venido de las tierras subsaharianas. Un adolescente bávaro se abraza al cadáver increíble de su amigo de tres semanas, suntuosamente vestido de lodo total, destrozado por la metralla mientras dormía.

\*\*\*

Un soldado ha estado viendo la televisión durante dos horas seguidas: una película sin cortes comerciales.

El soldado televidente imagina esto: tiene un rifle ametralladora entre las piernas y sostiene el esbelto cañón con las dos manos; rodea el tubo de metal con diez dedos devotos; observa los desplazamientos de los actores y las actrices en un paisaje de cartón-piedra y suspira como quien presencia un drama romántico, testigo incómodo —pero él no está incómodo: únicamente aprende ciertas destrezas del asombro ante un mundo y ante unas historias con las cuales no quiere tener la menor vinculación, el menor encadenamiento, símbolo del oprobio, semejante al encierro de Segismundo, agobiado de prisiones, de pesados hierros— *miles in vinculis*. El soldado es joven pero quisiera ser más joven todavía: más fornido, con hombros más redondeados, con piernas recias, musculosas, y un torso de practicante de halterofilia, deporte parsimonioso y potente; le gustaría tener un miembro ahusado y no circuncidado, capaz de emisiones sin término, enloquecedoras, y dos testículos barnizados con ungüentos apolíneos.

Las imágenes televisadas cuentan una historia cada vez más absurda. El soldado se va durmiendo con el cañón del fusil ametralladora entre las manos y siente o fantasea una serie de portentos: en la punta de su arma crece una bayoneta de la cual surgen destellos inmensos, cegadores como una mano divina, y anulan el pobre destello de la televisión; debajo de su pie derecho intuye los avances de Jerjes y sus multitudes erizadas; debajo de su pie izquierdo, húsares y cosacos se funden en un delirio azul y

escarlata sobre las planicies heladas de Borodino; un escritor chileno alto, desgarbado y anteojado, diserta junto a un escritor mexicano sobre los méritos relativos de las diversas estrategias para la destrucción y el arrasamiento. Son dos personajes plácidos y le inspiran al soldado una piedad irritada, a él, tan poco aficionado a la lectura, contaminado por el desprecio de los papeles impresos y las tintas sospechosas.

\*\*\*

En lo alto del cráneo se tejen y destejen una serie de relaciones: un vaso con una cara pálida, un puñado de polvo con el pie de una bailarina ciega, una vara de nardo con una mancha de petróleo, un suelo ajedrezado sobre el cual hay un uniforme militar de otras épocas con un vestido de novia tirado junto a un sombrero de palma.

Las historias despuntan y luego avanzan con temblores de potrillo recién nacido: caminan con un aire inseguro y luego trotan, se desplazan sobre la yerba —a la cual unos personajes desdibujados comienzan a llamar *yuyos*— y hablan y hablan. Empiezan con hilillos de baba semántica y siguen con un verdadero torrente de palabrerías desquiciantes, descomedidas: se erigen en oradores desdeñosos de la *captatio benevolentiae*, expelen discursos rebosantes de seguridad política y de promesas —nadie está dispuesto a cumplirlas, menos, en primerísimo lugar, “el de la voz” —; acusan y denigran y vociferan; pero luego pasan al arte del susurro, a la socarronería del secreto confiado a una oreja cercana y bien labrada. Es una oreja blanca, blanca: amañece sobre esa oreja como sobre las blancas arenas de Nínive. ¿Son blancas las arenas de Nínive? ¿Hay un albo desierto donde se asientan las ruinas, los edificios, las caprichosas piedras de la antigüedad?

Los personajes se mueven para acá, para allá, tiran por la borda cristalerías y cortinajes, miman bien perfilados estravagarios, se contemplan en los espejos rajados por la mano torpe del espíritu del fin de siglo.

En lo alto del cráneo cae la noche de la prosodia y se difuminan los miembros del relato. Se duerme una voz y luego otra y otra. Los cuerpos fantasmales habían adqui-

rido una consistencia coloidal y se esfumaban entre el fuego del sueño.

\*\*\*

La leyenda de la roca roja se ha dado a conocer entre los seguidores del *sadhu* de la cabeza pelada, alarmados por la índole apocalíptica de esa historia primigenia.

Algunos de esos seguidores temen un proceso por medio del cual la leyenda desencadene una reacción pavorosa en su guía espiritual. El hombre santo tiene ráfagas de mal humor: acaricia lascivamente a los ancianos destruidos por la neurosis de fin de siglo. Otros murmuran: en otra vida fue un poeta experimental y el conocimiento de la leyenda va a lastimarlo y a hacer añicos los últimos restos de su nostalgia; todos sus experimentos terminaron en el bote de la basura y todavía le duele su carrera literaria truncada en la juventud más fresca y sexual. “¡Archivo circular!”, exclama a gritos: así llamado por él, el bote de la basura atesoraba entonces tesoros inenarrables, destinados al olvido piadoso: cartas para la bailarina Eduardova, solicitudes de inscripción dirigidas y nunca enviadas al Instituto Benjamita, copias mal hechas de poemas rusos —ojalá hubieran sido Creaciones Originales.

“¡Demiurgo!”, grita el *sadhu* de la cabeza pelada cuando ve pasar frente a su casita al novelista más joven de la comunidad. Este procura ignorarlo pero no es fácil:

—Buenas tardes, señor —le dice el novelista al santo, con una voz medida, dulce.

—Tardes serán pero no sé si buenas. ¡Buenas serán para ti, mercachifle inmundo! ¡Garrapata infundibuliforme! —replica el de la cabeza pelada.

El novelista suspira, se encoge de hombros y levanta las cejas. Se aleja desconsolado, un poco triste, impotente. Cerca de la media noche, vuelve a su casa y por fortuna el *sadhu* no está a la vista, recluso ya, a esas horas, en su cubículo.

El novelista saca un rimerero de cuartillas y se dispone a revisarlas. Se sienta y las coloca sobre las rodillas, dóciles, murmurantes —pero nada más él puede escuchar esos murmullos de la prosa, animal de espeso pelaje, de miradas azules nimbadas por

todo lo visto a lo largo de su vida y de su sintaxis. El joven novelista dirige la mirada a lo alto de la primera cuartilla, a la izquierda: “Arriba, a la izquierda, como dicta la civilización de la lectura entre nosotros. No somos japoneses o judíos para disponer los textos de otra manera...”. Comienza a leer:

“Ella le dijo, entonces: ‘Ven bajo la sombra de esta roca roja’, y él dudó; tenía deseos inmenso de obedecerla, de ponerse a sus pies, de lamer sus botellitas de perfume y de escarbar en los cajones donde esconde ella los mondadientes”.

El novelista trató de inventar un gesto equivalente o parecido al de los pintores cuando se alejan del cuadro y lo miden, extienden el brazo y levantan el pulgar. No sabía la razón de ese gesto, pues ignoraba todo de la pintura, de la escultura y de la preparación de ensaladas francesas: le producía una herida melancólica la suma vertiginosa de sus ignorancias, masa crítica en crecimiento continuo, constante, indetenible. Los escritores de historias deberían tener en su repertorio de gestos uno similar al de los pintores para calibrar lo conseguido con sus parrafadas, sus descripciones, sus diálogos, su Construcción del Personaje. Siguió leyendo:

“Él no podía ver la roca roja ni la sombra...”. A lo lejos, un murmullo de guerra.

\*\*\*

Veo de nuevo las hormigas, su sonámbula manera de espolvorear el camino, su andar infinitesimal, sedoso. Extiendo la mano dentro del cono de la mirada y siento cómo el hormigueo, ese desfile, esa miriada de presencias, esa forma de tocar y pulular, se apodera de mi mano como si fuera esta un campo de batalla sobrevolado apenas —pues la nube amarilla se desplaza a ras de tierra— por un ataque de gas.

Las hormigas, indiferentes a la nube amarilla, siguen adelante; pero alrededor de mí los camaradas van cayendo asfixiados.

Ignoro la moraleja de esta historia o apólogo. No debe tener importancia. No debe haber ninguna enseñanza en este trozo helado o tibio de inmanencia, de escritura de párrafos, de voces trémulas. **U**